

FUERA DE GUIÓN | **RAFAEL PORRAS**

Insolvencia subvencionadora

Muchos paralelismos suelen acabar en odiosas comparaciones. Cuando nos preguntamos por cuáles han sido las circunstancias que explicarían que Andalucía se encuentre en los últimos lugares de cualquiera de los índices de desarrollo económico y social después de treinta años de autonomía, tal vez el mejor ejercicio que deberíamos realizar es comparar nuestra realidad con otras paralelas.

Desde hace unos días, el caso de la dificultad de una empresa tradicional en el sector industrial español como la cooperativa vasca Fagor pone de manifiesto, en su simple comparación, la diferente manera de abordar desde los poderes públicos y desde el propio sector privado una situación de crisis empresarial y que, de paso, sirve para explicar las diferencias –sin ir más lejos– en los indicadores económicos y sociales entre Euskadi y Andalucía.

La potente Corporación Mondragón va a dejar caer al fabricante de electrodomésticos Fagor, que tampoco va a contar –por idénticas razones– con el apoyo financiero o presupuestario del Gobierno vasco. La razón es bien fácil: Fagor está en teórica quiebra técnica y con una deuda inasumible. El motivo: Fagor no responde con su actual proyecto a las necesidades del mercado. El futuro: ya se lo pueden imaginar.

La respuesta a la crisis de Fagor –insisto: desde el ámbito privado y desde el público– de una sociedad como la vasca muy industrializada y preparada para manejarse en los mercados internacionales –con sus exigencias– contrasta con la contestación que la Junta ha dado a los proyectos industriales andaluces que –como el caso de Fagor– no respondían a las necesidades de los consumidores o del mercado.

Tal vez los casos andaluces paradigmáticos sean Santana Motor o Delphi en los que se invirtieron cientos de millones de euros –sólo en Santana alrededor de mil– para mantener ficticiamente una actividad industrial sin futuro. Estos son ejemplos en los que se han enterrado cantidades indecentes de dinero público por simple interés político.

Pero, junto a estos dos casos, existe todo un catálogo de empresas donde se ha seguido la misma política: el mantenimiento –y hasta creación– estéril de proyectos rechazados por el mercado a través de la respiración asistida de decenas de millones de dinero público.

Y, ahora, vayamos al paralelismo con su comparación odiosa. Al mismo tiempo que se conocía la caída de Fagor, la empresa instalada en el malagueño PTA Isofotón anunciaba la presentación de un nuevo ERE para el resto de la platilla que queda que significa su virtual desaparición después de haber recibido cerca de 60 millones de euros en subvenciones de la Junta de Andalucía. La razón de la crisis de Isofotón es clara: puede que tenga una remota opción en su faceta de innovación, pero está fuera de mercado en la fabricación industrial casi desde que inició su actividad.

El trato privilegiado que ha tenido esta empresa desde que en julio de 2003 recibiera de la agencia IDEA una subvención –que aún sorprendentemente después de 10 años se encuentra en fase de seguimiento– hasta el préstamo de

más de 8 millones de euros otorgado por la misma Junta en agosto de 2012 ha sido tan infructuoso como ineficaz el control público sobre ese dinero.

Esta misma semana, el consejero de Economía, José Sánchez Maldonado, ha anunciado que la Junta estudiará ¡ahora! el destino final de todas las cantidades concedidas a Isofotón y reclamará el dinero público que no haya sido utilizado correctamente, lo que pone de manifiesto, una vez más, el fracaso absoluto de la



Sede de Isofotón en el PTA. / EL MUNDO

política de incentivos de la Junta.

Las preguntas son inevitables: ¿cómo es posible que se haya concedido tal cantidad de dinero sin control sobre su uso? ¿cómo se explica que la Junta no se reserve la vigilancia e intervención directa en la gestión en el empresas tan fuertemente subvencionadas? Y, sobre todo, ¿por qué se entierran tantos millones de euros públicos en proyectos empresariales privados insolventes que podrían ir a iniciativas realmente estratégicas?

 @rafaelporrasg
rafael.porras@elmundo.es